

ron pruebas de conocer á Dios, los abandonó á un réprobo sentido para que hiciesen cosas indignas de ellos, puestos á merced de sus pasiones (1). Por ello, dice Isaías, el impío es como un mar agitado por encontrados vientos (2), que amenazan sumergir la navecilla del alma en el abismo, si, como los Apóstoles en el mar de Tiberíades, no se apresura á despertar á Jesucristo, cuyo recuerdo vive todavía, aunque dormido, por así decirlo, en el corazón apasionado y corrompido del pecador. Él solo puede, levantándose, mandar á los vientos y al mar, y convertir la tempestuosa agitación en admirable calma, para que la nave llegue al puerto con milagrosa prontitud y seguridad (3).

Hé aquí lo que viene á hacer Jesucristo, restituyendo las cosas al estado primero, y restaurándolo todo en el cielo y en la tierra (4). Hé aquí lo que hace su Religión. ¿Cómo lo hace? Enseña al hombre la verdad, haciendo que brille la luz de la fe, como lámpara en lugar tenebroso (5), para que á su resplandor descubra y distinga el verdadero bien del verdadero mal; pone freno á sus pasiones desordenadas con la perspectiva de la recompensa y del castigo temporal y eterno, y sobre todo, les da un alimento propio de la grandeza del hombre, y las gobierna y dirige con reglas y preceptos, cuya observancia da la paz al corazón y le hace disfrutar las delicias de una felicidad verdadera, que incoada en la tierra ha de consumarse en la eternidad. Veamos, hermanos, esta acción regeneradora del Catolicismo.

- 
- (1) Rom. I.  
 (2) Isai. LVII, 20.  
 (3) Matth. VIII.  
 (4) Ephes. I, 10.  
 (5) II Petr. I, 19.

## SEGUNDA PARTE.



Recordad, Señores, otro de los admirables hechos evangélicos: la conversión de la Samaritana. En él encuentro explicada y compendiada esta acción regeneradora del Catolicismo, y por lo mismo, quiero fijarme en este pasaje que, como los demás de la historia de Jesucristo, son la mejor base de la doctrina que debe enseñar el Ministro del Evangelio. Este hecho está lleno de misterios, dice San Agustín (1). Jesucristo se sienta junto al pozo esperando á aquella mujer. Sale esta de Sichem, ó Sichar, cargada con su cántaro, llega al pozo, y sin hacer caso del Salvador, arroja el cubo á lo profundo y llena su cántaro, disponiéndose á volverse sin decirle una palabra. Detiénela Jesús pidiéndole que le dé de beber, y entáblase el diálogo que ha de tener por resultado su conversión y la de toda la ciudad (2). Esta primera parte del hecho evangélico nos retrata á la humanidad dominada por las pasiones. Sichem ó Sichar, como por desprecio llamaban los judíos á aquella ciudad, significa tierra de embriaguez (3), y las pasiones embriagan en verdad al hombre, envolviendo su inteligencia en crasos vapores que se levantan de sus apetitos desordenados. El agua del pozo representa, dice San Agustín,

- 
- (1) Verba plena misteriis, grávida sacramentis. (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)  
 (2) Joann. IV.  
 (3) Natal. Alex. in hunc locum.

la sensualidad del siglo, el goce, la felicidad engañosa que busca el hombre en el pozo de las criaturas, que solo en profundidad tenebrosa ofrece lo que pide la pasión (1). La mujer es la figura del que todos los días y á todas horas acude á sacar de esa profundidad el agua que apague su sed de felicidad (2). El cubo, en fin, es la figura de las mismas pasiones que arroja el hombre al pozo de las criaturas, y que solo descendiendo hasta el fondo se llena para vaciarse luego, y de nuevo volverse á llenar, y volver á quedar vacío (3).

A esta tierra de embriaguez viene Jesucristo, y recostándose junto al pozo de la concupiscencia para hablar al corazón del hombre, le pide agua, le pide que satisfaga sus deseos. Estos deseos de Jesucristo son bien distintos de los de la criatura corrompida (4): son los deseos de glorificar al Padre y salvar al mundo, en los cuales encuentra su alimento (5). Pero vestido de nuestra carne, habla y obra como hombre, á fin de insinuar-se en el corazón del hombre. Si tú supieras, dice á aquella mujer, quién es el que te pide de beber, lejos de despreciarle, le pedirías á tu vez que te diese otra agua superior á esta, porque el que bebe de esta agua vuelve á tener sed, pero el que bebe de la que yo

(1) Aqua in puteo est voluptas sæculi in tenebrosa profunditate. Hinc eam hauriunt homines hydria cupiditatum. Cupiditatem quidem prout submittunt ut ad voluptatem haustam de profundo perveniant. (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)

(2) Id. id.

(3) Pone ergo hydriam, cupiditatem, et aquam de profundo, voluptatem. (Id. id.)

(4) Sitebat plane non potum hominum, sed salutem; non aquam mundi, sed redemptionem generis humani. (S. Ambros., *Sermo de elemosyna et muliere samaritana.*)

(5) Joann. IV, 34.

le daré, no tendrá ya sed en adelante, porque se formará en su interior una fuente de aguas que salten hasta la vida eterna (1).

Ved, hermanos míos, descubierta en estas palabras la admirable acción del Catolicismo sobre el hombre, ordenando y dirigiendo sus pasiones para su perfecta regeneración. Notad primero que Jesucristo y su Religión no condenan las pasiones: para ello debieran cambiar la naturaleza, y quitar al hombre el corazón y el alma; pero las moderan y encaminan hácia un objeto noble, santo, imperecedero, que es lo que puede conseguir el hombre, dice San Jerónimo (2). Reconoce una sed de fidelidad en la criatura, y le dice: «Yo te daré una agua capaz de satisfacer tu sed.» Para excitar en el corazón el deseo de esta agua, le dice como á aquella mujer: «El agua de las criaturas no satisface: la pasión embriaga un momento; pero luego renace la necesidad, y se siente más el vacío del corazón.» ¿Y no es esto una verdad, Señores? ¿Quién ha visto jamás plenamente satisfechos los deseos de su corazón? ¿Quién no se ha visto precisado á correr de nuevo al pozo y arrojar su cubo para llenarlo de una agua cada vez más cenagosa, más corrompida y corruptora? (3) ¿Quién no se ha visto en la necesidad de confesar con San Agustín, que su corazón ha estado y está siempre inquieto y ansioso, sin ver jamás satisfecha su

(1) Joann. IV, 13, 14.

(2) Affectus et perturbationes quamdiu in tabernaculo corporis hujus habitamus, et fragili carne circumdamur, moderari et regere possumus, amputare non possumus. (S. Hieronym., *Ep. 8 ad Demetriadem.*)

(3) Pone ergo hydriam cupiditatem, et aquam de profundo voluptatem. Cum pervenerit usque ad voluptatem sæculi hujus cibus est, potus est, lavacrum est, spectaculum est, concubitus est. ¿Numquid non iterum sitiet? (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)

sed abrasadora? (1) Este conocimiento, esta confesion, es la primera luz que envia Jesucristo al entendimiento del hombre. Feliz el que la aprovecha y le dice como la Samaritana: «Señor, dadme esa otra agua que me ofreceis, para que no tenga necesidad de venir cada dia á llenar mi cántaro en esa fuente (2).

¿Cuál es esa agua divina que ofrece el Catolicismo? Es el alimento legítimo de las pasiones del hombre, el que debiera haber buscado siempre, y voluntariamente renunció. Dos males ha hecho mi pueblo, dice el Señor: «Me ha dejado á mí, que soy la fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas que no pueden contener las aguas.» (3) El que bebe de estas vuelve á tener sed; pero el que bebe del agua que yo le daré, no tendrá más sed, porque la poseerá dentro de sí á todas horas, y en la paz del corazon, en la armonía de todo su sér se elevará poderoso sobre sí mismo. Prueba de que esto es lo que Jesucristo vino á dar al hombre, es que no solo á aquella mujer, sino á todos la ofreció, cuando en medio del templo clamaba: «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba.» (4) ¿Qué agua es esta? Es, hermanos míos, la fe de Jesucristo, y la luz que ella derrama sobre la inteligencia, y la vida que da al corazon. Por ello añade el Salvador: «El que beba de esta agua, el que crea en mí, verá nacer en su seno corrientes de aguas vivas.» (5) Corrientes, Señores, rios que, dirigiéndose á todas sus potencias, á todos sus sentidos, alimentarán á todo el hombre para que puesto al riego de estas aguas, vea

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. Aug., *Confess.*, lib. 1, cap. 1.)

(2) Joann. IV, 15.

(3) Jerem. II, 13.

(4) Joann. VII, 37.

Id. id. 38.

crecer árbol de virtudes, cuyo fruto será la paz y la felicidad.

Para que no nos quepa duda, San Juan explica las palabras de su maestro. En esto, dice, significaba el espíritu que debian recibir los que creyesen en él (1). Este espíritu nos ha sido dado, dice San Pablo, y ha difundido la caridad en nuestros corazones (2). Adoptados por Dios, continúa el mismo, hemos recibido, no un espíritu de esclavitud y de temor, sino espíritu de amor, espíritu de hijos de Dios (3), y donde está el espíritu de Dios, allí se encuentra la libertad (4).

Las pasiones nos esclavizan (5), y el hombre esclavo no puede ser feliz. No es dueño de sí mismo, quien no puede decir á sus apetitos como San Pablo: «De aquí no pasarás: te considero como un esclavo, y te sujeto, te encadenó: no dominarás mi corazon.» (6) Aunque sea rey, dice San Agustin, es un esclavo, no de uno, sino de tantos tiranos cuantas son sus pasiones (7). De esa esclavitud nos libra el espíritu de Dios; nos hace libres de nosotros mismos. Es su primer efecto. Acordaos, dice el Apóstol, que no sois esclavos, sino libres, con la libertad que os ha alcanzado Cristo (8). Ved aquí, pues, la fuen-

(1) Joann. VII, 39.

(2) Rom. V, 5.

(3) Id. VIII, 15.

(4) II Corinth. III, 17.

(5) Omnis passio servilis est. (S. Aug., *de vita beata*, lib. 2, cap. 3.)  
Unusquisque affectus ac perturbatio, cum prævalet ac dominatur, animi nostri tyrannus est. (S. Greg. Naz., *tract. in funere Pulcher.*)

(6) I Corinth. IX, 27.

(7) Malus autem, etiam si regnet, servus est; nec unius hominis, sed quod est gravius, tot dominorum, quot vitiorum. (S. August., *de Civit. Dei*, lib. 4, cap. 4.)

(8) Gal. IV, 31.

te de aguas vivas en el corazon del hombre, hecho hijo de Dios en el bautismo. Es el espíritu de Dios que habita en nosotros, segun San Pablo (1). Este espíritu, este manantial, forma en el alma rios que son sus dones misteriosos, tesoro inapreciable de sabiduría, de fortaleza, de piedad, de temor de Dios, que dirigiéndose á regar con sus aguas saludables la inteligencia, el corazon y los sentidos, enriquecen al hombre y le sacian con la fe, la esperanza y la caridad, aguas vivas que saltan hasta la vida eterna; es decir, elevan al hombre sobre las miserias de la naturaleza, le hacen vivir vida sobrenatural, vida del mismo Dios, con quien unido por la fe y el amor, forma un mismo espíritu (2). Jesucristo, con su gracia, multiplica esas aguas, y con su doctrina enseña al hombre á aprovecharse de ellas, para ordenar y dirigir noblemente sus pasiones hácia el término de la verdadera felicidad.

Lo hace primero con las aguas de la fe. Ella es la luz verdadera que ilumina al hombre y le descubre su origen, y su término, y el camino que á él conduce. Ella es la ciencia divina comunicada á la inteligencia, para que descubra la verdad esencial, alimento legítimo del alma, y única que satisface su insaciable sed de sabiduría. Ella, despues que pone al alcance de todos los hombres la idea verdadera de Dios, y descubre sus infinitas perfecciones, y explica sus obras, y patentiza sus desig- nios sobre su criatura predilecta, le dice: eres más que cuanto te rodea, eres la imágen del mismo Dios, que te ha dado parte de su inteligencia, de su amor y de su misma vida. ¿Te sientes llamado á la grandeza? Aspira

(1) Rom. V, 5.

(2) I Corinth. VI, 17.

á levantarte sobre ti mismo, busca un término digno de ti, superior á ti mismo. Ese término no es ni puede ser otro que Dios. Si lo buscas en las criaturas, descienes, te rebajas, porque nada pueden darte que sea más que tú: si amas la tierra, te haces tierra; si amas á Dios, te haces Dios (1). Debes elevarte hasta ser como Dios. Has nacido para él, te dice San Agustin; has nacido para llenar de él tu inteligencia, conociéndole; para llenar de él tu corazon, amándole: para gozar de él, poseyéndole (2). Dirije, pues, todas las fuerzas de tu inteligencia hácia esa verdad eterna; las nobles pasiones de tu corazon hácia ese amor y esa vida infinita; las aspiraciones de todo tu sér, hácia esa bondad esencial, inmutable, y esencialmente comunicativa. Poseido este bien, lo posees todo: nada faltará ya á tu corazon; serás feliz.

Lo hace en segundo lugar con la esperanza. ¡Cuán dulces son sus aguas al corazon! ¿Y quién puede darlas sino la Religion de Jesucristo, que presenta al hombre como término de su vida la posesion eterna de Dios? La ley, hermanos míos, la filosofía, la educacion imponen al hombre el deber de sujetar las pasiones; pero ¿qué prometen en cambio? La exencion de una pena, la salud del cuerpo, un nombre, un título vano, una alabanza estéril. Por ello el hombre solo sigue su inspiracion, ú obedece su precepto cuando teme fatales consecuencias, ó le domina el egoismo. El Catolicismo manda lo mismo, pero ofrece un premio real y eterno: la paz del corazon en la tierra, la felicidad de Dios en el cielo. Si

(1) *Amado Deum, efficitur Dei; ergo amado mundum, efficitur mundus.* (S. August., *Serm. 21 de Verb. Evang.*)

(2) *Fecit Deus rationalem creaturam, quæ summum bonum intelligeret; intelligendo, amaret; amando, possideret; et possidendo, frueretur.* (S. Aug., *de diligendo Deo, cap. 2.*)

siembras en carne, no recojerás sino corrupcion, le dice San Pablo. Si siembras en espíritu, recogerás fruto de vida eterna (1): si mortificas tus pasiones, vivirás (2), y tu breve tribulacion, la privacion pasajera de lo que alhaga tu pasion ó tu apetito, se convertirá en peso de gloria infinita (3). Hé aquí por qué al eco de estas palabras el mundo ha visto tantos sacrificios, tanto heroismo en los hombres del catolicismo.

Lo hace, en fin, con la caridad, fuego santo, llama divina, que encendida en el corazon con la contemplacion de Dios y con el recuerdo de sus beneficios, domina todos los sentimientos del hombre, y le hace exclamar como á San Pablo: «El amor de Cristo me apremia (4). ¿Quién me separará de él? (5) Todo lo miro como despreciable á trueque de lograr su amor (6): anhelo hasta morir para estar con Cristo.» (7) Todas las pasiones del hombre se subordinan al amor; y el amor puro y santo, el amor que lleva al heroismo y aspira á un término capaz de llenar todo el vacío del corazon, solo lo engendra el Espíritu de Dios; solo le alimenta y hace fecundo la gracia de Jesucristo.

Así es, hermanos míos, cómo se sustituye en el hombre el agua cenagosa de las criaturas, que desordena y corrompe todo su sér, con el agua viva y celestial de la verdad y del amor divino, que en el corazon saltan con actos repetidos de virtudes, ennobleciendo al hombre y estableciendo el reino de Dios dentro de él (8), á fin de

(1) Gal. VI, 8.

(2) Rom. VIII, 13.

(3) II Corinth. IV, 17.

(4) Id. id. V, 14.

(5) Rom. VIII, 35.

(6) Philip. III, 8.

(7) Id. I, 23.

(8) Luc. XVII, 21.

que no necesite salir de la dulce calma para encontrar el bien á que aspira. Dios mismo ha dicho que vendrá á habitar en el corazon del que le ama (1). Así es como la Religion divina modera las pasiones, impidiendo que se precipiten fuera del camino por donde han de llevar al hombre hasta Dios. Así es finalmente cómo, dando pábulo á la gran pasion que las absorbe todas, sujeta á estas y las hace servir al noble fin para que le fueron dadas.

El mundo recibió esta doctrina, y la humanidad, deseosa siempre de felicidad en medio de su degradacion, al ver la luz que brillaba ante sus ojos, y descubrir el término que el Catolicismo le presentaba, se dirigió á él con todas sus fuerzas. El Profeta habia dicho: «Enviarás, Señor, tu espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra.» (2) Ese espíritu fué enviado á los hijos de Dios por la fe, y la faz del mundo cambió totalmente. La felicidad dejó de buscarse en la tierra para hallarla en el cielo. En consecuencia de ello, principió el libertinaje á ser mirado con horror y como una vil degradacion, y á ser honrada la pureza y la virginidad, porque la Iglesia repite sin cesar las palabras de Jesucristo: «Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.» (3)

Las riquezas ya no se consideran como término, sino como un medio de hacer bien para gozarse en el bien hecho y merecer el bien eterno; porque Jesucristo ha dicho contra la idolátrica pasion de la avaricia: «No pongais el corazon en los bienes de la tierra, donde todo se consume y se acaba; ponedlo en el cielo, donde el te-

(1) Joann. XIV, 23.

(2) Psalm. CIII, 32.

(3) Matth. V, 8.

soro es eterno.» (1) Y al eco de esta palabra, la avaricia ha sido condenada, la limosna mirada como un deber, el pobre respetado, porque Jesucristo se hizo pobre, y le transfirió sus derechos (2). El hombre quiere ser grande. Jesus le dice: «Busca tu grandeza en la perfeccion, en la imitacion de Dios (3). Sé grande en el reino de los cielos, y para ello hazte pequeño, porque el que se humilla será exaltado.» (4) En una palabra: la Religion católica lo dirige todo á la eternidad; al deseo de ella lo subordina todo, repitiendo la palabra de Jesucristo: «¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo, gozar de todo, reinar sobre todo, si al fin pierde su alma y queda privado de la eterna felicidad?» (5)

Los filósofos antiguos agotaban sus fuerzas en busca de un sistema moral que llevase al hombre á la virtud y á la felicidad, y unos tras de otros, empleando siglos enteros, nada lograron. La corrupcion, el desorden de las pasiones era cada dia más horroroso. En un rincon de la Judea se presenta Jesucristo y enseña al pueblo con sencillez admirable: envia doce pobres por el mundo á enseñar como él, y su palabra consigue en breves años lo que en cuarenta siglos no habian logrado los esfuerzos de todos los sábios. ¿No veis en ello el dedo de Dios? ¿Cuán distinto es el mundo despues de Jesucristo, y cuán diferentes los pueblos católicos, de aquellos donde la verdadera fe no ha hecho brillar sus luces civilizadoras? Ese cambio lo ha realizado la moral evangélica, que se resume en estas palabras: Hombres, habeis nacido para

---

(1) Matth. VI, 19, 20.

(2) Id. XXV, 40.

(3) Id. V, 48.

(4) Id. XXIII, 12.

(5) Id. XVI, 26.

la grandeza y la felicidad; buscadla. La felicidad verdadera no está en el tiempo, sino en la eternidad; no está en la tierra, sino en el cielo; no está en las criaturas, sino en Dios: buscadla, pues, en la eternidad, en el cielo, en Dios. Las criaturas se os han dado para que useis de ellas segun la ordenacion de Dios, á fin de merecer esta felicidad, no para que abuseis poniendo en ellas vuestro término. Las pasiones y su satisfaccion no son el fin, son los medios de llegar á ser verdaderamente felices: dirigidlas, pues, sujetándolas á la razon; someted esta á la Religion, á Dios, y Dios llenará vuestro corazon de su espíritu, y vuestra alma de su amor, y todo vuestro sér de su gracia y de su vida. Para que las pasiones no os dominen y perviertan, mortificadlas, y dejaos gobernar del espíritu de Dios, acreditando que sois sus hijos (1). Todo entonces os servirá para el bien (2); y lo que goceis y lo que sufráis, lo que os alhague y lo que os humille, todo os servirá para uniros á Dios, para haceros perfectos á imitacion de él, para ser poseedores de la paz y de la bienaventuranza, dignos de su amor y de su felicidad eterna.

Esta doctrina, y el espíritu de Dios que la infunde, y la gracia que la hace fecunda, forman el agua que Jesucristo ofreció á la Samaritana, y despues á cuantos le escuchaban en el templo. Al descubrir la luz divina, aquella mujer dejó su cántaro y corrió á la ciudad, y ella, con todos sus conciudadanos, vinieron en busca del que tal agua prometía (3). Dejemos tambien nosotros el cántaro de la concupiscencia, renunciemos á ella y corramos á Jesus. Los que bebieron de esa agua se hicieron

---

(1) Rom. VIII, 14.

(2) Id. id. 28.

(3) Joann. IV, 40.

grandes, viviendo segun Dios, se hicieron santos: y ellos eran como nosotros, algunos tal vez en sus principios peores que nosotros. Vedlo en Pablo, en Agustin, en Magdalena y en tantos otros que, como ejemplos, nos ofrece la historia. Sigamos nosotros ese camino, haciéndonos sordos al canto de sirena de la filosofía anticatólica y corruptora de nuestro siglo, que blasonando progreso, quiere hacer retrogradar al mundo al estado que tenia antes de Jesucristo, á la vida del egoismo y de las pasiones. No nos apartemos del camino trazado por el restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra, por el que con su doctrina y con su gracia ha formado los grandes héroes que admiran las generaciones. El que quiera venir en pos de mí, dice Él, niéguese á sí mismo y á sus pasiones desordenadas, tome su cruz para vencerlas y triunfar, y sígame (1) por el camino de la humildad y del sacrificio; de este modo logrará su completa regeneracion, será bienaventurado y participante de mi felicidad y mi eterna gloria.

(1) Luc. IX, 23.

---

## QUINTO SERMON.

---

Jesucristo eleva al hombre y le deifica con la gracia que le comunican los Sacramentos, y especialmente la Sagrada Comunión.

*Gratia Dei sum id quod sum.....  
Non ego, sed gratia Dei mecum.  
(I Cor. XV, 10.)*

**D**IOS nos eligió desde la creacion del mundo, dice San Pablo, para que seamos santos é inmaculados en su presencia, predestinándonos para la adopción de hijos suyos en Jesucristo, á fin de manifestar en nosotros las magnificencias de su gracia (1). Esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación (2). Sereis santos, habia dicho ya en la antigua ley, porque yo soy santo (3). Sed perfectos, añade en la nueva, como vuestro Padre que está en los cielos (4). Sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy amados (5). ¡Qué grandeza, hermanos míos!

(1) Ephes. I, 4, 5.  
(2) I Thessal. IV, 3.  
(3) Lev. XI, 45.  
(4) Matth. V, 48.  
(5) Ephes. V, 1.